

IGLESIA POPULAR, IGLESIA DEL PUEBLO...

(Aclaración sobre algunos conceptos debatidos)

José Ignacio González Faus

El artículo que sigue reproduce literalmente la charla tenida por el autor en el VIII Congreso Estatal de Comunidades Cristianas Populares (CCP), celebrado en Chestre (Valencia) del 30 de octubre al 1 de noviembre de 1988. El autor presentó su aportación sólo como una "primera palabra" en un diálogo de mediación que, por eso mismo, está abierta a recoger ulteriores aportaciones y aspira a enriquecerse con ellas.

Quiero en esta charla limitarme estrictamente a lo que se me pidió: ver si puedo arrojar un poco de luz sobre una situación de malestar. Malestar surgido en diversas instancias eclesiales a raíz de algunas expresiones como "Iglesia popular" o "Iglesia que nace del pueblo". Y malestar surgido a propósito de algunas actitudes que se han interpretado como una negación de la autoridad eclesiástica o como un "magisterio paralelo" etc. etc.

Mi deseo sería que a la luz pueda seguir el **diálogo** eclesial. No sólo el diálogo hacia el interior, hecho aquí entre nosotros, y que complete lo que yo no haya sabido decir. Sino sobre todo el diálogo hacia afuera: el que, desde

la luz obtenida, intenta a la vez criticar y conceder a la otra parte, pero también autocriticar y defender la propia postura. Y ello con la esperanza de que así se consiga un acercamiento suficiente.

Me parece que esto pide de nosotros una serie de actitudes no del todo fáciles. En primer lugar una salida de nuestros contextos: vamos a examinar esas expresiones debatidas como si las oyéramos por primera vez, como si no tuviesen detrás una historia de polémicas. Y en segundo lugar una difícil combinación de libertad y pureza. Libertad para defender lo que creemos que debemos defender, porque no es simplemente **nuestro** sino del evangelio. La pureza para reconocer lo que puede haber de impuro en nosotros o en actitudes nuestras, convirtiéndose así en un egoísmo que obstaculiza la comunión.

I. Algunas expresiones cuestionadas

Sustancialmente me parece que son dos las expresiones que han armado más ruido en los últimos años: la de "iglesia popular" (o en otros casos iglesia de base) y la de "iglesia que nace del pueblo". Me ceñiré sobre todo a estas expresiones y, según el tiempo que quede, quizás amplíe un poco más mi comentario.

Mi conclusión la formuló ya de una manera intuitiva el obispo Casaldàliga. Y os la voy a proponer ya de entrada, para que sea más cómodo seguir después los análisis. Casaldàliga viene a decir que estas expresiones, según como se las entienda, pueden encerrar una cierta ambigüedad o una cierta unilateralidad. Con todo, no se trata de una ambivalencia o una inexactitud mayores de las que contienen otras expresiones consagradas, como la misma de "iglesia jerárquica" (1). Vamos a verlo por partes.

1. *Iglesia popular:*

En castellano, la palabra popular me parece que

tiene un triple significado, según a qué se contraponga. Puede oponerse a burgués o aristocrático. Puede oponerse a culto o científico. Y puede oponerse simplemente a autoridad. En el primer caso tendríamos, una iglesia de los pobres y de los sencillos. En el segundo caso podríamos tener una iglesia de los incultos. Y en el tercer caso la iglesia popular aludiría a una iglesia sin autoridad.

1.1. Iglesia de los pobres, de los desposeídos y de los maltratados. Este parece ser el sentido espontáneo y elemental de nuestra expresión. De acuerdo con ello, y si recordamos que Iglesia (**ecclesia**) es una palabra que designa a una asamblea en estado de reunión, entonces iglesia popular puede significar cosas como éstas:

- estado de convocación creyente de los pobres, de los empobrecidos y de los sencillos (que son los destinatarios del evangelio). O bien:

- estado de convocación creyente que convier-
te en pueblo a los que no eran pueblo.

Este segundo significado nos habla de otro aspecto de la Iglesia que es su necesidad de inculturación. Iglesia popular quiere decir Iglesia de cada pueblo, de cada etnia, de cada cultura, de cada época. Y esto no por ser una Iglesia particular, sino precisamente como Iglesia **católica** (universal). Hay aquí una dialéctica muy creyente, pero que nos permite descubrir también otra dialéctica muy humana: la de lo particular y lo universal. Universal no es lo particular que se impone sino lo particular que se abre. Y particular no es lo universal que se "contrae" sino lo universal que se concreta. Yo he oído decir por Cataluña que la mejor manera de ser uno muy catalán es procurar ser muy universal. Y la mejor manera de ser muy universal es que procure ser muy catalán. Y creo que hay aquí algo más que un juego de palabras. Por eso, a mí me gustaría que de nuestro credo "breve" desapareciera el adjetivo que dice que creemos en la iglesia católica "romana". Porque eso de romana pudo tener su justificación en tiempos de la Reforma, pero hoy suena sólo a una particularidad que se universaliza

pecaminosamente en sí misma.

De todo este aspecto inculturador de la iglesia popular no voy a hablar más en esta charla. Ahora volvamos al hilo de nuestras reflexiones.

Entendida así, yo pienso que nuestra expresión es plenamente ortodoxa, y debe ser defendida a toda costa. Es legítimo utilizarla. Pero es posible también que uno se vea agredido por utilizarla: pues a mí me parece que últimamente se han puesto muy de moda en la Iglesia las bofetadas del criado de Caifás a Jesús (ver Juan 18,22). En teoría son bofetadas que se dan "para defender al Pontífice" (*ibid*). Pero en la práctica uno tiene derecho a sospechar que se trata de un abuso de la ortodoxia que la utiliza para la propia carrera. Por eso lo mejor que cabe responder es lo que contestó Jesús al criado que le abofeteaba: si hablé mal, muestra dónde está el mal; pero si he hablado bien ¿por qué me hieres?

1.2 ¿Iglesia de los incultos? Como veréis pongo un interrogante ya en el mismo enunciado de este hipotético significado de la Iglesia popular. Ello se debe a que este significado es ambiguo y puede orientarse en dos direcciones muy diferentes.

En un sentido, podría ser que alguien entendiera lo de Iglesia popular como una justificación de la pereza mental, como una excusa para ahorrarse el esfuerzo de una formación en la fe, y una capacitación para aquello que nos manda el Nuevo Testamento: "dar razón de nuestra esperanza". Esta actitud debería ser condenada porque la fe no elimina la obligación de estudiar la realidad, sino que la refuerza. Esta actitud convertiría a la Iglesia en un grupo fundamentalista y cerrado, parecido a algunos de los guetos islámicos actuales. Y yo temo que hoy, algunos seminarios estén aspirando a ser precisamente eso.

Pero, por otro lado, vivimos en un mundo donde la cultura es negada a muchos hombres, y donde

la cultura de los marginados (de los negros, del pueblo sencillo, del mundo obrero...) no dispone de medios para ser reconocida y difundida. Vivimos también en una Iglesia donde el estudio de la Palabra de Dios puede convertirse (como dice J. L. Sicre) en el mejor medio para defenderse de ella; y se convierte de hecho con frecuencia en un autoencumbramiento académico y no en un servicio a Dios y a los suyos que son los pobres. Pues, bien: cuando uno se vea presionado por este contexto, que ya no deriva de la autonomía de lo real, sino del pecado estructural del mundo y de la Iglesia, entonces tiene derecho a hablar, aunque sea provocativamente, de la Iglesia popular como Iglesia de los incultos. No hará con ello más que hacer suya la oración de Jesús cuando daba gracias al Padre porque se esconde a los sabios y prudentes del mundo para revelarse a los sencillos. O hacer suyo también el comentario de Pablo a los Corintios, cuando les hace notar que no hay entre ellos muchos sabios "según la carne", porque Dios escoge lo necio del mundo para confundir a los sabios. En realidad, la experiencia creyente, la experiencia espiritual es algo tan humano que forma parte también del verdadero saber, aunque sea una cosa distinta de la articulación académica de esa experiencia, y lo que nos pasa a muchos teólogos es que estamos faltos de auténtica experiencia espiritual y por eso sólo hacemos articulaciones académicas... **de concepto.** Yo estoy seguro de que si los teólogos atendiéramos mucho más a la experiencia del pueblo creyente, haríamos una teología mucho más viva.

En fin, como veis, aquí siempre estaremos en la ambigüedad práctica porque nadie puede conocer las verdaderas motivaciones de cada corazón. Pero al menos puede ser útil que tengamos claras las diferencias teóricas.

1.3 Iglesia sin autoridad. Mi comentario se limitará a decir que esta visión de la Iglesia es falsa, aunque tiene una aparente justificación, que es la ambigüedad

del poder. No es que la autoridad sea mala, como tampoco es mala la sexualidad y tampoco es mala la riqueza. Pero sí que tiende a ser malo **el uso que el hombre hace** de estas realidades. Y, como suele ser tan difícil distinguir entre una dimensión humana y el uso que el hombre hace de ella, se ha dado en la historia movimientos radicales de corte maniqueo (pauperismo o catarismo) que negaron la bondad de la sexualidad o de la riqueza como creaturas de Dios. Siempre fueron condenados, pero estas condenas nunca resuelven totalmente el problema porque, por más que digamos que la riqueza o la sexualidad son en sí mismas buenas, sigue estando a la vista el pésimo uso que los hombres hacemos de ellas.

Pues bien: exactamente lo mismo ocurre con el poder. Y por eso todos soñamos con comunidades irreales en las que se diera una presunta armonía de las relaciones espontáneas. Nos parece que sólo esto sería verdadera comunidad. Pero eso no es posible: la armonía de las espontaneidades no se da ni siquiera en la más pequeña y afectiva de las comunidades humanas que es la familia. En todo caso, si lográramos crear esa armonía en un grupito pequeño (lo cual por supuesto no es malo), ese grupo sólo podría llamarse iglesia popular a base de **apropiarse** él solo del adjetivo, convirtiéndose así en sectario. Y aun así, habría que ver hasta qué punto ese tal grupo era verdaderamente "popular", pues la experiencia enseña que allí donde no hay autoridad oficial, siempre funcionan liderazgos secretos o temperamentos hegemónicos o manipuladores, a los que la debilidad de los otros miembros del grupo no sabe resistir.

Que este sueño no es posible lo demuestra también la historia de la Iglesia: siempre ha habido en ella grupos espontaneístas, ajenos a toda autoridad. Y esos grupos han acabado siempre sectarizándose o dividiéndose. Según explica hoy la ciencia bíblica, parece que el más importante de todos esos grupos fue la comunidad de la que nacieron los escritos joanneos. Esa comunidad que parece desconocer toda figura de autoridad habría

acabado con una enorme división, en la que cada uno de los grupos apelaba a Jesús para llamar anticristo al otro grupo. Y el cap. 21 del evangelio de Juan (que como sabéis es posterior al resto del evangelio), supondría la aceptación por aquellas comunidades de la autoridad de Pedro, con lo que pasaron a formar parte de la Iglesia universal y del canon del Nuevo Testamento.

En la Iglesia pues ha de haber autoridad. Y la autoridad exige la obediencia (incluso aun cuando haya -como debe haber- mucho diálogo). Y la ruptura con el ministerio autoritario (es decir: el cisma o la separación) nunca ha salvado a la Iglesia. Y algo tan elemental como esto es lo que ignora el arzobispo Lefebvre.

Pero, si no es mala la autoridad, hemos dicho que suele serlo el uso que los hombres hacemos de ella. Y curiosamente, en nuestra iglesia se ha hablado mucho de una castidad referente a lo sexual y de una pureza frente al dinero. Pero se ha hablado poquísimamente de una "castidad" del poder. En lugar de esto se ha sacralizado a la autoridad, como otras religiones divinizaron la sexualidad. Y eso que Jesús fue en este punto casi más explícito que en los otros dos. Para Jesús la autoridad no puede sacralizarse, porque Padre y Maestro y Señor no hay más que uno que es el "del cielo" (cf. Mt 23,8-12). Y, para Jesús también, la autoridad no puede ejercerse como lo hacen "los reyes de la tierra" (cf. Lc 23,35-37), o sea autoritariamente, sino servicialmente. Y para entender lo que significa eso de "servicialmente" yo suelo proponer un ejercicio que es leer los evangelios buscando **cómo ejerce el Señor su autoridad** en el interior del grupo. A ver si da algún mandato y cómo, si impone algo y cómo etc. etc. Ya veréis que el resultado de una tal lectura es impresionante. Y nuestra Iglesia debería meditar muchísimo sobre la conducta de Jesús.

Pues bien: esta reflexión nos permite decir como conclusión que, por lo que toca a este tercer significado de la "iglesia popular", la expresión será injusta si

reivindica una ruptura con la autoridad establecida. Pero puede no serlo si lo que defiende son esos dos puntos que proceden de Jesús, y que hoy están demasiado ausentes en la autoridad de la Iglesia.

¿Cuál de las dos cosas es la que reivindica en este punto la expresión de "Iglesia popular"? Yo creo sinceramente que la segunda. Muchos obispos parecen pensar que la primera. Esta puede haber sido una causa importante de malentendidos. Pero quizás importaría poco una diferencia en los juicios sobre los hechos, si al menos logramos coincidir en los juicios teológicos.

Más tarde, si queda tiempo, volveré sobre el tema de la autoridad y la obediencia en la Iglesia. Ahora hemos de pasar a las otras expresiones debatidas.

2. *Iglesia "de base"*

El mismo tipo de equívoco puede plantearse con respecto al término "Iglesia de base". Pues también la palabra base puede tener un sentido económico, y un sentido societario.

2.1 En el sentido económico hablamos de base desde una visión de la sociedad como una pirámide injusta en la que el poder de unos pocos (la punta de la pirámide) se asienta sobre las escasas posibilidades económicas de un sector social más numeroso y más amplio (la base de la pirámide). Iglesia de base significa entonces aquello que Juan XXIII dijo que "es y quiere ser la Iglesia": "en particular, Iglesia de los pobres". Y no añade nada especial a las importantes consecuencias prácticas que se derivan de este concepto y que ahora apuntaré.

2.2 Pero "base" puede tener también un sentido, por así decir, societario, que ya no alude a los pobres sino a la constitución de cualquier grupo en el que no haya autoridad ninguna. Si alguien ha utilizado el término en este sentido, hay que decir que, curiosamente, no fueron los pobres de la tierra, sino algunos cristianos de extracción burguesa y bien situados que, de repente, creyeron

encontrarse en la base no porque se hubieran convertido a los pobres (a la verdadera base), sino porque se separaron de la jerarquía. Este segundo sentido del término es falso, porque la Iglesia tiene efectivamente un ministerio de supervisión (esto es lo que significa el griego **episcopê**), de impulso y de autoridad. Pero, una vez reconocido esto, aún se puede hacer una nueva distinción.

2.2.1 Se podría decir que la Iglesia **es** la jerarquía, que el poder es lo teofánico de la Iglesia y que **luego**, ese poder necesita alguien sobre quien ejercerse, que son los fieles, (la "base").

2.2.2 Y también se puede (¡se debe!) decir que la Iglesia es **el pueblo**, todo el pueblo, y que ese pueblo necesita pastores o funciones o servicios diversos para caminar unido hacia el Reino de Dios.

El Vaticano II, cuando invirtió el orden de los capítulos 2 y 3 de su Constitución sobre la Iglesia, optó por la segunda de estas concepciones contra la primera; la Iglesia es el pueblo de Dios. Y todo pueblo necesita "servicios" entre los cuales uno es el de dirección. (El esquema previo, en cambio, tenía el orden inverso: primero venía la jerarquía, y luego el campo de ejercicio de este poder). A pesar de este cambio importantísimo, en nuestro lenguaje sigue funcionando mucho la primera concepción: casi siempre que decimos "la Iglesia", estamos queriendo decir en realidad "la jerarquía": como si los creyentes no fueran Iglesia. Este uso lingüístico es simplemente herético. Y vehicula una herejía subliminal que, al no estar formulada expresamente, nos la tragamos con más facilidad. La prueba de ello es la necesidad que sentimos de añadir algún calificativo a la palabra "iglesia" cuando queremos expresar que no nos estamos refiriendo a la jerarquía sino a **toda** la Iglesia (de la cual también forma parte la jerarquía, pero no sólo ella). Entonces sentimos la necesidad de añadir: iglesia de base, o de los fieles, o lo que sea. Igual que, para decir "América" sin referirnos a los Estados Unidos, hemos de añadir algo o cambiar

la palabra: decimos "América Latina" o "Centroamérica" o Canadá o lo que sea. Y sin embargo, todos esos países son tan América como los Estados Unidos. Con el mismo derecho, aunque con mucho menos atropello y poder táctico. Pues bien, si se me permite una ironía (que no está exenta de cierta confirmación histórica) cabría trazar la siguiente línea evolutiva: al principio el papa era el obispo de Roma; luego se habló de él como de un "obispo universal"; ahora ya hay quien ha hablado del papa como una especie de "párroco universal"; y uno ya no sabe si dentro de poco nos dirán que el papa es el creyente universal, cuya sola existencia hace inútiles a todos los demás creyentes.

Y, siguiendo un poquito con las ironías, para mí que he sido formado en procedimientos escolásticos, se vuelve tentador y divertido resumir lo dicho con una de aquellas distinciones clásicas de los silogismos. Entonces tendríamos que partir una parrafada más o menos como ésta que sigue: ¿Iglesia de base?. Distingo: en sentido económico, concedo. Como Iglesia con autoridad, subdistingo de nuevo: una autoridad que ella sola sea la iglesia, niego. Una autoridad que sea servicio a la totalidad de la Iglesia, concedo.

Pero a vosotros, que no estaréis para estas finuras lógicas, os será más útil que nos quedemos en el primer sentido (Iglesia de base = Iglesia de los pobres) y que apuntemos qué consecuencias prácticas tiene esto para la institución eclesial y para los responsables de estos aspectos institucionales que son los jerarcas de nuestra Iglesia. Utilizando la expresión "Iglesia de los pobres" yo diría que esto significa, como mínimo, una institución que:

a) Asume la causa histórica de los pobres y el punto de vista de las víctimas como el suyo propio (incluso por encima de los intereses institucionales).

b) No excluye a nadie de esa denominación. Pero sí que invita a todos a convertirse a la causa de los pobres y, en este sentido es, como decía el papa Juan:

"Iglesia de todos y, en particular, Iglesia de los pobres".

c) Obra así porque concede a los pobres un carácter teofánico central. El Dios al que la Iglesia quiere servir y anunciar está con ellos y "parcialmente" con ellos. Lo cual significa que, en la Iglesia, además de la autoridad **personal** de los jerarcas, existe la autoridad **colectiva** de los pobres, como existe también la autoridad **institucional** de la Escritura y la Tradición. Cada una de ellas con sus matices y sus límites. Pero todas ellas juntas, complementándose y confluyendo. De modo que podemos decir que la autoridad de Cristo en la Iglesia está constituida:

-por la Escritura (leída en el Espíritu, para que no sea letra muerta o fundamentalista);

-por la Tradición viva y verdadera de la Iglesia. Viva quiere decir que es una tradición hecha significativa no una fórmula o uso sin significado. Verdadera quiere decir que entronca con los orígenes de la Iglesia (cosa que hay que subrayar mucho ante todos los lefebvrianos en sentido amplio -que son más que los estrictamente tales-, para quienes la única tradición de la Iglesia es el s. XIX. Y que no se preguntan si el s. XIX no carece en algunos puntos de autoridad, precisamente porque se apartó de la verdadera tradición de la Iglesia: p. ej. en la cuestión de la libertad religiosa);

-por el episcopado, o ministerio de unidad y autoridad con su cabeza. El cual ministerio no implica una autoridad arbitraria sino el modo concreto de servir a las otras tres autoridades;

-y por los pobres: "eminente dignidad de la Iglesia" como les llamaba Bossuet... (yo me permito añadir: mucho más eminente que la de los mal llamados "príncipes" de la Iglesia), lugar de la revelación del Dios de Jesús y destinatarios del evangelio. Pero que tampoco pueden ser confundidos con ningún proyecto particular concreto e histórico (el mío o el tuyo), como si sólo en

ese proyecto pudiera haber Iglesia de los pobres.

Cada pilar tiene como veis sus limitaciones y sus matices. Y, precisamente por eso, son necesarios los cuatro. Pasemos ahora a otra denominación.

3. *La Iglesia que nace del pueblo:*

¿Es legítima esta expresión? ¿Hay que rechazarla totalmente? Yo creo que puede ser legítima. Y con otra de aquellas distinciones escolásticas diría que si "nacer de" se entiende como **causa** entonces es falsa. Pero si se entiende como **origen** entonces es perfectamente válida. Intentemos explicar esto.

Si se quisiera decir meramente que la Iglesia **brotó de abajo**, entonces la expresión sería falsa porque de abajo no puede venir ninguna convocación de Dios. Supondría una especie de prometeísmo eclesiástico por el que los pobres, sólo por ellos mismos y sin ninguna intervención de Dios, se harían Iglesia. Pero sinceramente, yo no sé si esto lo ha dicho alguien.

En cambio nuestra expresión puede significar también que **precisamente porque viene de Dios**, la Iglesia nace del pueblo: porque todo lo que viene de Dios nace del "abajo" humano y no del "arriba" humano ni del "arriba" político. Pues estos nada tienen que ver con la Altura de Dios. En este caso, decir "Iglesia que nace del pueblo" equivale a decir: Iglesia de la encarnación anonadada de Dios. Por lo que rechazar esta expresión equivaldría a rechazar la frase paulina que habla del Hijo de Dios nacido **de mujer**; y de una mujer **del pueblo** (no de Cleopatra o de cualquier otra emperatriz). Equivaldría por tanto a afirmar una Iglesia de Dios que no se hizo carne ni pobre. Lo cual sería una herejía que -técnicamente hablando- merece el nombre de docetismo eclesiástico.

Pues bien: quizás habría que preguntar si los que rechazaron la expresión de la "Iglesia que nace del

pueblo", no estaban rechazando de hecho su profundo sentido cristiano en nombre de ese docetismo eclesiástico que hoy abunda bastante. Y si miramos la historia de la teología, habrá que añadir que no será la primera vez que se rechaza una presunta herejía en nombre de otra herejía real, pero camuflada. En cualquier caso, podemos añadir para concluir que la expresión queda suficientemente clarificada, a mi modo de ver, con el añadido que le pusieron algunos latinoamericanos: Iglesia que nace del pueblo **por la fuerza del Espíritu**. Como Jesús nació de la mujer del pueblo, María, por la fuerza del Espíritu.

4. *En conclusión...*

Yo espero que, con estas precisiones y distinciones, hayan quedado aclarados los conceptos, al menos teóricamente. Quisiera que todos en la Iglesia podamos ponernos de acuerdo al menos en la teoría (y si mi teoría es incompleta o imperfecta, deseo que se me complete). Pero puede surgir la pregunta de si todo esto que hemos hecho no es más que una pura elucubración mental, sin ningún valor práctico. Pues bien: sinceramente pienso que no. Cuando una palabra levanta reacciones y agresividades es porque está en juego la afectividad humana. Y en ningún colectivo humano se pone en juego la afectividad por una mera elucubración mental, sino porque hay intereses de por medio. Que podrán ser santos o inconfesables, pero son intereses humanos.

Y esto mismo es lo que pasa aquí: nuestras expresiones tocan los dos puntos más vidriosos y más viscerales de la Iglesia de hoy: el tema de la autoridad y el de la opción por los pobres. De forma consciente o inconsciente, es ésta la fibra que se ha sentido tocada, y ello es lo que ha suscitado sacudidas y apasionamientos.

Para evitar esas sacudidas, yo admito y acepto la actitud de Gustavo Gutiérrez cuando opta por renunciar a estas expresiones (2). Es un gesto admirable de mano tendida que trata de evitar suspicacias y conflictos inútiles.

Y aquí, podríamos acabar. Pero me parece que **ahora**, en este intento de aclararnos, estamos obligados también a que esta charla tenga una segunda parte, donde se diga una palabra sobre los **aspectos prácticos** de estos dos temas en nuestro momento actual. Sabiendo, por supuesto, que si en la teoría es posible llegar hasta el entendimiento, en la práctica quizá sólo es posible llegar hasta el acercamiento. Que si en la teoría quizá se puede llegar hasta la coincidencia, en la práctica ya sería mucho llegar hasta la confianza. Y sabiendo también que uno sólo puede denunciar en la medida en que él mismo esté dispuesto a pedir perdón. Y sólo puede reclamar comprensión en la medida en que él mismo esté dispuesto a darla. Yo quisiera por eso que, en esta segunda parte, no haya sólo una denuncia, evangélicamente libre e históricamente necesaria, sino también un examen de conciencia por nuestra parte. Sabiendo que todos somos pecadores, todos necesitamos la gloria de Dios (cf. Rom 3,23) y, por separados que estemos, la experiencia del perdón común es nuestra primera experiencia de comunión.

Vamos pues a nuestra segunda parte.

II. Algunas consecuencias prácticas

Si Jesús invirtió el sentido y el ejercicio de la autoridad (y por eso en el Nuevo Testamento la Iglesia nunca es designada como **ier-archía** sino como **koinonía**), y si Jesús no sólo se hizo hombre sino que se hizo pobre (y por eso la Iglesia nace del pueblo en contraposición a los poderosos o a los "sabios y prudentes") ¿qué consecuencias se siguen de aquí para nuestra vida eclesial? Estos son los dos puntos que nos quedan por comentar en esta segunda parte.

1. *Hacia una "metanoia" de la autoridad eclesial:*

1.1 Hemos de subrayar otra vez que en la Iglesia ha de haber autoridad porque toda realidad grupal es conflictiva. El pensar distinto es cosa de siempre y de

todos, porque todos los seres humanos somos parcialidades. En el libro de los **Hechos**, la historia de la Iglesia primitiva nos da testimonio de diferencias importantes entre los cristianos de Jerusalén y los judeogriegos que luego se establecerán en Antioquía, o de diferencias entre Pablo y Bernabé etc. Estas diferencias llevaron muchas veces a una separación, que no fue ruptura de la comunión, y en la que cada cual siguió su camino respetando la libertad del otro. En medio de estas diferencias, los apóstoles (sobre todo Pedro) actuaron de forma mediadora y coordinadora, manteniendo la unidad, evitando que una parcialidad se comiera a la otra o que la absolutización de una particularidad la llevara fuera del camino cristiano. La autoridad fue un ministerio de unidad y comunión entre lo diverso, en lugar de ser un ministerio de uniformidad y absorción. Y el principio del concilio de Jerusalén de "no imponer más cargas que las estrictamente indispensables", constituye un modelo de ejercicio de la autoridad, que salvó la unidad de la Iglesia.

1.2 Hoy en la Iglesia es legítimo el juicio de que la autoridad está mal fundamentada y mal ejercida (y hablo ahora a niveles estructurales y prescindiendo de las buenas voluntades personales). Está mal fundamentada porque se la ha convertido en sacralización de una persona particular, cuando lo único "santo" que hay en la Iglesia es la comunión **de todos**, aunque sea una comunión de tensiones. Buen ejemplo de esto es la exclusivización de la palabra "jerarquía" (poder **sagrado**) tan cuidadosamente evitada por el Nuevo Testamento, que busca términos más funcionales y más laicos como el de "supervisores" (**episkopoi**) etc. Por ello, y sin querer, el ejercicio de esa autoridad tiende a hacer a la Iglesia cada vez más uniforme y más parcializada porque es un ejercicio cada vez más semejante al de los poderes de este mundo que Jesús quiso evitar (cf. Lc 22,24ss). Ello hace a nuestra Iglesia cada vez menos universal, menos "católica". Y muchas cosas que caben en el evangelio y en el Nuevo Testamento, parecen no caber en nuestra Iglesia. Esto

vuelve increíble el testimonio de la jerarquía ante el mundo y constituye un problema grave.

1.3 En una situación así, un cristiano debe saber que el hombre "no se justifica por las obras **de la Ley**", y que la libertad que Cristo concede a los hombres (cf. Gál 5,1) no se la puede quitar ningún poder sagrado. Debe recordar también la enseñanza neotestamentaria de que "hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hch 4, 19), sabiendo además que el N.T. no dice esa frase ante algún mandamiento pecaminoso, sino ante una orden que parecía contraria a la voluntad de Dios tal como se manifiesta a través **de la historia**.

Como ejemplo del carácter católico y tradicional de cuanto estoy diciendo, quiero evocar aquí el ejemplo de san Metodio, a quien Juan Pablo II declaró no hace mucho patrón de Europa, y que vivió dos años desobedeciendo al papa Juan VIII que le había prohibido celebrar la misa en eslavo. Detrás de esa prohibición había una serie de falsas acusaciones de los obispos alemanes, porque el imperio temía perder aquellas tierras para Occidente si no mantenían el latín (como así fue por otro lado). San Metodio consideró que era más voluntad de Dios que aquellas tierras no perdieran la fe (para lo cual necesitaban la liturgia en su lengua) que que el imperio germánico no perdiera aquellas tierras. Desobedeció al papa y luego otros papas lo han canonizado y lo han declarado (junto con su compañero de fatigas san Cirilo, que había muerto poco antes) patrono secundario de Europa. Y en la encíclica que hacía esta declaración, Juan Pablo II reconoce que hubo "incomprensión, mala fe y cadenas" (n. 10) y que san Metodio luchó por defender aquella Iglesia naciente "ante las autoridades **eclesiásticas** y civiles" (n.15).

1.4 Una vez formulados estos tres principios teológicos, debemos decir una palabra sobre nuestra actual situación eclesiástica: hoy la fe cristiana es vivida en una pluralidad enorme de situaciones ambientales, y la

unidad de la Iglesia no puede hacerse saltándose esa pluralidad de mundos. Esto es sin duda una dificultad, pero es también una posibilidad de enriquecimiento. Yo nunca criticaré a este papa por ser **como él es**, cosa que gusta mucho a las izquierdas "ilustradas" de Occidente. Le criticaré en todo caso por querer que todos seamos como él, o por creer que Polonia es la solución para todo el mundo. Pero si le pido que él entienda lo que es Occidente, he de procurar entender yo también lo que es Polonia (3).

Pero además de estas diferencias culturales, hoy se da en nuestra Iglesia una diversidad que se parece bastante, como ya sugirió Rafael Aguirre, a la antigua división entre la Iglesia palestina de Jerusalén y la Iglesia judeogriega de Antioquía. Es decir: hay una Iglesia que lo que parece querer fundamentalmente es **estar tranquila**, y otra que lo que quiere fundamentalmente es evangelizar. La primera parece aspirar a que las cosas sigan como siempre y que todo ruéde como hasta ahora. La otra está dispuesta a ponerse en juego para inculturarse de veras en el mundo **actual**, el mundo de la extrema pobreza, de la modernidad y la posmodernidad. La primera anhela sobre todo no tener problemas en el presente; la otra estar preparada para el futuro (¡qué bien decía Tony de Mello aquello de que "cuando una sociedad elimina sus profetas ha ganado su paz, pero ha perdido su futuro"!). La una se ampara sobre todo en la fidelidad a lo que debe conservar, pero corre el riesgo de conservarlo sólo como un cadáver sin vida; y busca suplir esa rigidez cadavérica mediante la adulación y el autoritarismo. La otra se ampara sobre todo en la misión de la Iglesia de servir al mundo; pero corre el riesgo de diluirse en el mundo en lugar de servirlo. La primera busca sobre todo los puestos de poder eclesiástico, puesto que cree en el poder. La otra, aunque sea tan pecadora como la anterior, rehúye los puestos de poder porque, por principio, desconfía evangélicamente del poder. Repito que esta situación no es cómoda y puede ser un poco dramática. Pero también

creo que podemos aprender de la historia de la Iglesia (y sobre todo de aquellos judeogriegos que fueron los que salvaron y transmitieron el cristianismo), a convivir a la vez, en libertad y sin rupturas, en fidelidad al evangelio pero en fidelidad también a los hombres **concretos** que son nuestros hermanos, según la fe. Esto nos lleva también a decir una palabra de autoexamen, y de autocrítica sobre nosotros mismos.

1.5 Una de las acusaciones que más se han lanzado contra las comunidades cristianas populares es que lo que acabamos de reconocer como un verdadero problema de la Iglesia, se ha convertido para ellas en una auténtica obsesión insana. Yo he oído decir que las comunidades populares no se reunían en torno a Jesús sino en contra del obispo. Y que esa agresividad antijerárquica ocupaba todo su tiempo y vaciaba casi todos sus contenidos. Y además daba lugar a la aparición de liderazgos ocultos o figuras hegemónicas que, sin ser oficialmente reconocidos como tales, polarizaban la vida de la comunidad en torno a sus propias reivindicaciones.

Quienes lanzan esta acusación, la explican por una especie de respeto humano ante el entorno social, por una necesidad de "caer bien" y ser aceptados, que tiene ese "ser despreciados por el mundo" que ya nos pronostica el evangelio. En este sentido se dice también que las reivindicaciones de las comunidades cristianas populares (CCP) no provienen del Evangelio sino de una aceptación acrítica de la modernidad y de una idolatría del progreso. Para ser más concretos, esta acusación es muy frecuente en la pluma del obispo Fernando Sebastián, contra toda la Iglesia que llamaríamos "de izquierdas".

He querido exponer la acusación con toda su crudeza, para que tengamos la sinceridad y la honradez de escucharla y de preguntarnos hasta qué punto hemos caído en ella. Sería una contradicción si, después de acusar a la Iglesia institucional por su incapacidad para reconocer errores y para pedir perdón, también nosotros

hiciéramos gala de una incapacidad parecida. Y sería ingenuo desconocer que, a veces, hay reivindicaciones públicas que no se hacen por servicio a ningún oprimido sino por apuntarse un tanto; con lo cual no aportan liberación para los hombres sino vanidad para los profetas; o son reivindicaciones que reclaman la meta sin el camino, cosa imposible pero más halagüeña. O con otras palabras: no reclaman aquello que hoy sería **nuevo y ya posible** (lo que Paulo Freire llamaba "el inédito viable"), sino que reclaman cosas que hoy son inviables, y que nosotros tendríamos que ir haciendo posible para mañana o pasado mañana. Yo creo que, en este punto, las comunidades cristianas populares (CCP) tienen algo que aprender de las comunidades eclesiales de base latinoamericanas. Y me he preguntado muchas veces si algunas acusaciones lanzadas contra éstas (por ejemplo: el desafortunado discurso del papa en Nicaragua) no trasplantaban a América Latina acusaciones que, en todo caso, valdrían para nosotros y no para ellos.

Como veis, he querido ser muy claro en las acusaciones y, si os parece, estoy dispuesto a bajar a ejemplos concretos en el diálogo. No desconozco que muchas veces las cosas hay que forzarlas un poco y que, sólo así, se imponen en las instituciones históricas. Para algo he puesto antes el ejemplo de san Metodio. Y podemos añadir además que una cierta "resistencia" o "no-recepción" han formado siempre parte del funcionamiento de la Iglesia. Pero hay que decir también que la incapacidad para ceder algo de las propias posturas es indicio de una mala eclesialidad (tanto si esta incapacidad se da en la base como si se da en la Jerarquía).

Yo quisiera pues pedir un examen sobre estos puntos. Una vez hecho este examen sinceramente y ante el Señor, no debemos tener inconveniente en proclamar con Metz, y como respuesta a la acusación citada de Fernando Sebastián, que hoy en día las demandas del Evangelio a la Iglesia están mucho más cercanas de la modernidad que del "Ancien Régime" (4). Y sobre todo

podremos decir a nuestros obispos que lo que no se puede es rechazar como utópica una demanda de reforma eclesial cuando se hace en nombre del evangelio (arguyendo entonces que el evangelio no sirve para la vida de las instituciones), y rechazarla como antievangélica cuando se hace en nombre de la modernidad. Y nosotros tenemos la impresión de que ellos proceden así algunas veces.

Esta es, a grandes rasgos, mi opinión personal sobre el primero de nuestros puntos prácticos: el de autoridad y libertad en la Iglesia. Vamos ahora a pasar al segundo que, para mí, es todavía más importante.

2. *Hacia una Iglesia de "hombres nuevos al lado de los pobres":*

2.1 Amar a los pobres y a los oprimidos es la mejor manera de amar a Dios. Y ya dije que amar a los pobres implica hoy asumir su causa en la historia. La asamblea de Puebla dijo además que las comunidades eclesiales de base son un modo excelente de concretar la opción por los pobres (5). Cuando uno piensa estas cosas, le parece imposible que en este punto pueda haber alguna objeción seria contra las comunidades de base. Sobre todo cuando uno constata además que nuestra Iglesia como institución anda, en este punto, bastante tibia, lejana todavía de las exigencias evangélicas y de las orientaciones marcadas por las dos encíclicas sociales de Juan Pablo II. Y que, por desgracia, quienes en nuestra Iglesia quieren optar de veras por los pobres se sienten con frecuencia marginados y mirados como traidores, como impuros o como los antiguos "leprosos".

2.2 Nada de esto puede ser negado. Pero luego de reconocer lo anterior también es conveniente abrirse a escuchar una acusación que se hace a las comunidades populares en este punto, y en la que yo creo que podemos caer más de dos veces; la acusación de utilizar la opción por los pobres de una manera farisea, maniquea o cátara,

por la que sólo aquellos que dicen haber optado por los pobres se sentirían los únicos buenos, los únicos puros y en definitiva los únicos que son verdadera Iglesia.

Esta tentación ha estado siempre presente en la historia de la Iglesia, en todos los movimientos radicales. Es además una tentación comprensible cuando uno contempla los indecibles horrores causados por algunos hombres a sus hermanos, y la tremenda ceguera de los corazones de los poderosos en este punto. Me atrevo a añadir que es también una tentación en la que parecen haber caído igualmente los mismos que nos la lanzan: ¡cuántas veces ha ocurrido entre los responsables de la Iglesia que, con sólo que uno declarase que él no era marxista y que quería combatir a los comunistas, ya quedaba justificado!

Pero, aun así y todo, yo creo que esto no nos dispensa a nosotros mismos de examinarnos seriamente en este punto y de reconocer que algunas veces hemos caído en él. Por poneros un ejemplo concreto, hace poco, en una asamblea de gentes de Iglesia popular (al menos mayoritariamente), se concluyó con una eucaristía que fue muy seria pese a la multitud, pero en la que se rezó un credo con el siguiente artículo: creemos

"en la Iglesia, comunidad de los hombres de buena voluntad. Que la Iglesia la constituyen los que sufren, los perseguidos, los que luchan por la paz y la justicia, los que se esfuerzan por defender la verdad".

Quisiera confesar aquí que yo no recé este artículo. Fuera de la Iglesia hay hombres maravillosos, de excelente voluntad. Pero están fuera de la Iglesia; y en la Iglesia ha habido y habrá siempre grandes pecadores. Los que sufren y los perseguidos son los preferidos de Dios, pero esto no significa que sean los **únicos** miembros de la Iglesia. Y la gran tentación de todos los movimientos reformadores (ya fueran de izquierdas como los cátaros y valdenses, o de derechas como los donatistas y los janse-

nistas) ha sido siempre acabar creyendo que ellos eran la única Iglesia verdadera. Incluso Miró-Lefèbvre piensa esto mismo. Pero eso, a la larga, sólo conduce a la secta, al fanatismo y a hacer imposible el avance de la historia.

2.3 Y sin embargo, una vez reconocido esto, hay que añadir que si este peligro es tan frecuente es porque debajo de él yace un problema muy real y muy verdadero. El problema de cómo compaginar la radicalidad evangélica, con la cólera que a veces suscita la ceguera de corazón que uno cree percibir. Los profetas de Israel no fueron cátaros ni maniqueos, como tampoco lo fue Jesús a pesar de la dureza de algunas de sus palabras (cf. vg. Mt 23). Y por eso voy a terminar con un ejemplo que a mí me ayuda en este punto: la relación de Mrs. Romero con sus hermanos de episcopado. Vista desde fuera, uno no puede menos de sentirse identificado con Romero, y enojado con sus hermanos obispos que tanto lo combatieron y lo dejaron tan brutalmente solo. Uno se identifica con el famoso verso de Casaldáliga: "pobre pastor glorioso abandonado por tus propios hermanos de báculo y de mesa".

Pues bien: la pregunta que puede ayudarnos es ésta: ¿cómo vivió este conflicto el propio Msr. Romero? Y encontramos estos dos detalles:

a) Por lo que toca a lo exterior, nunca hubo en Romero una declaración pública contra sus hermanos obispos, a pesar de las que ellos hicieron contra él. El profeta grita para defender a otros, no para defenderse a sí mismo. Y esto es bien difícil. Pero nosotros no podemos caer en un profetismo "en defensa propia" porque eso sería un falso profetismo.

b) Pero ¿y por lo que toca al interior? Porque, si Romero no hablaba, ¿qué es, al menos, lo que sentía? No podía dejar de darse cuenta de la distancia entre él y sus compañeros de mitra. Y, en efecto, se daba buena cuenta. Y una vez, en unos apuntes de sus

últimos ejercicios espirituales, escasamente un mes antes de ser asesinado, escribe;

"Otro aspecto de mi consulta espiritual... fue mi situación conflictiva con los otros obispos. Me orientó mucho esta consideración: si me critican mi actuación pastoral ¿qué otra alternativa me proponen? Y me he confirmado que lo único que interesa es la radicalidad del Evangelio que no todos pueden comprender. Que se puede ceder en algunos aspectos accidentales pero no se puede ceder en seguir radicalmente el evangelio. Esta radicalidad siempre tiene que traer contradicciones y hasta divisiones dolorosas" (6).

A pesar de la concisión se pueden entresacar de estas palabras tres o cuatro consideraciones muy útiles para el problema que nos ocupa:

-Quienes critican nuestra opción por los pobres ¿qué otra alternativa nos proponen? Y la verdad es que la inmensa mayoría de las veces hay que responder que ninguna.

-La radicalidad del evangelio no todos pueden comprenderla porque no es un mérito sino un don. Pero precisamente por eso no permite criticar a nadie, porque quizás esos otros la comprenderán en otro momento.

-Y también precisamente por eso la radicalidad del evangelio no puede ser abandonada. Debe ser explicada (como quiso explicarla Jesús en sus parábolas del cap. 15 de Lucas). Y debe volverse acogedora. Pero ha de estar dispuesta a soportar las contradicciones que provoca.

III. Conclusión. Un punto de confluencia para todos.

Quiero terminar leyendo un conocido texto sobre la comunidad, del amigo Patxi Loidi, donde creo que debemos reencontrarnos también, tanto las comunidades populares como la gran comunidad eclesial. Es un texto magnífico

que vale para todos, y que no necesita muchos comentarios por mi parte, sino sólo que lo leamos despacio y lo meditemos seriamente.

"Una comunidad dice mucho cuando es de Jesús. Cuando habla de Jesús y no de sus reuniones. Cuando anuncia a Jesús y no se anuncia a sí misma. Cuando se gloria de Jesús y no de sus méritos. Cuando se reúne en torno a Jesús y no en torno a sus problemas. Cuando se extiende para Jesús y no para sí misma. Cuando se apoya en Jesús y no en su propia fuerza. Cuando vive de Jesús y no de sí misma. Una comunidad dice mucho cuando es de Jesús.

Una comunidad dice poco cuando habla de sí misma. Cuando comunica sus propios méritos. Cuando anuncia sus reuniones. Cuando da testimonio de su compromiso. Cuando se gloria de sus valores. Cuando se extiende en provecho propio. Cuando vive para sí misma. Cuando se apoya en sus fuerzas. Una comunidad dice poco cuando habla de sí misma.

Una comunidad no se tambalea por sus fallas sino por su falta de fe; no se debilita por los pecados sino por la ausencia de Jesús; no se rompe por las tensiones sino por el olvido de Jesús. No se queda pequeña por carencia de valores sino porque Jesús dentro de ella es pequeña; no se ahoga por falta de aire fresco sino por asfixia de Jesús. Una comunidad sólo se pierde cuando ha perdido a Jesús. Una comunidad es fuerte cuando Jesús dentro de ella es fuerte. Una comunidad pesa cuando Jesús dentro de ella tiene peso. Una comunidad marcha unida cuando Jesús está en medio. Una comunidad se extiende cuando se extiende Jesús. Una comunidad vive cuando vive Jesús. Una comunidad convence y llena cuando es la comunidad de Jesús" (7).

Aquí tenemos un verdadero programa de acercamiento entre la Iglesia institución y las comunidades que deben componerla. Un programa que vale para ambos polos: anunciar a Jesús en lugar de a sí mismas, reunirse en

torno a Jesús y no en torno a los propios problemas. No vivir para sí mismas... Ambos polos deben coincidir tanto en el atractivo de Jesús como en la conciencia de la propia distancia respecto a lo que Jesús nos marca.

NOTAS:

1. El adjetivo puede ser malentendido, pero también puede ser "propia-mente teológico y ciertamente más evangélico que otros muchos adjetivos que la Iglesia secularmente utiliza". En la obra de Autores Varios, **Nicaragua trinchera teológica**, Madrid 1987, p. 17. "Elemental querido Pedro" habría dicho aquí Conan Doyle...
2. "En un inicio, la expresión Iglesia popular o Iglesia del pueblo quiso significar Iglesia de los pobres, vocación de toda la Iglesia y no alternativa a ella; por eso se decía también Iglesia que nace del pueblo bajo la acción del Espíritu (cf. Puebla 263). Pero hoy esa expresión debe ser decididamente descartada (Puebla la califica sólo de "poco afortunada", *ibid*), por la ambigüedad y extraños alcances con que se ha cargado su significación. Su uso actualmente sólo produce una innecesaria confusión". Así escribe Gustavo en su aportación a la obra en colaboración **La recepción del Vaticano II**, Madrid 1987, 23T-232.
3. Hablando del significado del Vaticano II para los países del Este escribe un autor: "Ha chocado aquí con un entorno político-ideológico profundamente hostil a toda reforma y a toda renovación de las

comunidades católicas. Constatando la permanencia del fenómeno religioso y el fracaso de las tentativas para apresurar su debilitamiento, la oligarquía dirigente se preocupa sobre todo de controlar estrechamente a la Iglesia, limitándola estrictamente sus actividades y reduciéndola –en la medida de lo posible– a una existencia marginal. En consecuencia, se opone a todo proceso que pueda llevar a los creyentes a salir del gueto en que el partido los encierra y a convertirse en agentes de evolución social. Por eso, en el mundo socialista, el movimiento posconciliar ha tratado principalmente –como pusieron de manifiesto los sínodos interdiocesanos de la RDA y de Cracovia– sobre la preservación y consolidación de la fe a través de la liturgia, una pastoral fundada en la piedad popular y una iniciación cristiana basada en la vida familiar. El temor a una instrumentalización por parte del poder de toda división dentro de la Iglesia, ha frenado los debates intraeclesiales y favorecido el mantenimiento del clericalismo tradicional. Además las jerarquías locales apelan a la naturaleza del contexto sociopolítico para reafirmar su oposición a la difusión y adaptación de las teologías y de las prácticas correspondientes que proceden del Occidente. Así, corren el riesgo de subestimar los efectos de la secularización que también está en marcha en el mundo socialista. Tal actitud aparece incluso en Polonia, donde el catolicismo goza de una posición social privilegiada en virtud de sus lazos con la población y la cultura nacional". (L. De VAUCELLES en la obra citada en nota anterior, 83–84). Creo que este análisis tan diáfano justifica y hace comprensibles muchas cosas que nosotros no entendemos del papa Wojtila. Y nos permite trasladar el problema a sus verdaderas causas: en un mundo tan diversificado como el nuestro no puede funcionar una entidad tan centralizada y uniformista como nuestra Iglesia. Y ello obliga a recuperar la visión neotestamentaria de las Iglesias locales y su autonomía.

4. "Yo creo que si el carrusel de la política girase según la melodía del evangelio o del sermón del Monte, se movería más bien hacia la izquierda" (**Más allá de la religión burguesa**, p. 60).
5. "Expresión del amor preferente de la Iglesia por el pueblo sencillo". (Puebla n. 643).
6. Publicado en *Diakonia* 50(1989) p. 146.

7. **Gritos y plegarias**, 11 edición p. 472.